

Experiencia de la utilización de la anastilosis en la reconstrucción de una cista de un sitio arqueológico de la localidad de Tilcara – Quebrada de Humahuaca – Jujuy. 1990

Resumen: Un habitante de la localidad de Tilcara, Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy, en el momento de realizar obras de construcción en su propiedad, sita en el centro del Pueblo, encuentra vestigios arqueológicos. Paraliza los trabajos y da cuenta del hallazgo al Instituto Interdisciplinario Tilcara. La institución mencionada inmediatamente dispone un grupo de arqueólogos para realizar los estudios correspondientes.

El autor del presente estudio, una vez que las tareas de los profesionales terminaron, se ofreció a realizar tareas en la reconstrucción de una cista para ser expuesta en el museo arqueológico del pueblo.

Palabras clave: anastilosis – cista – Tilcara – vestigios arqueológicos

INTRODUCCIÓN

La arqueología resulta una herramienta eficaz para profundizar en el conocimiento de las sociedades que habitaban la América Andina, antes de la llegada de los españoles. Sobre todo considerando que no existía la escritura, pero sí un cúmulo importante de restos materiales, “sean éstos intencionales o no”, que permiten a los arqueólogos hacer una interpretación de la forma de vida de los antiguos pobladores de estas tierras.

La Provincia de Jujuy, especialmente la Quebrada de Humahuaca, está considerada como un gran reservorio arqueológico. Muchos investigadores de la rama de la Arqueología han transcurrido por este territorio realizando estudios y enriqueciendo los conocimientos con sus publicaciones, y engrosando las colecciones de los museos de la Provincia, de la Argentina y el Mundo. Figuras señeras de esta ciencia, como Ambrossetti, Debenedetti, Casanova, etc. caminaron el vasto suelo jujeño y fueron construyendo una plataforma de base para que las nuevas generaciones de científicos pudieran desarrollar sus estudios.

La creación del Instituto Interdisciplinario con sede en la localidad de Tilcara, perteneciente a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, confirma esta aseveración. Extendiendo sus investigaciones en el amplio territorio de la Provincia, sobre todo Quebrada y Puna, cuenta con una rica biblioteca, un museo arqueológico de una colección importante de piezas arqueológicas, y es el administrador del Pucará de Tilcara después de su reconstrucción en la década del 50’.

No es casual que este Instituto se encuentre en Tilcara, ya que esta población se ha levantado sobre los asentamientos pre-hispánicos de diferentes momentos históricos, manifestándose cada vez que algún vecino realiza alguna obra, pública o privada, requiriéndose la intervención de un especialista.

SITIO ARQUEOLÓGICO TIL 20 – TILCARA, JUJUY

En vísperas de carnaval del año 1990, en los últimos días del mes enero, un vecino de la Villa Veraniega de Tilcara, sobre calle Belgrano entre Alverro y La Sorpresa, estaba construyendo un garaje en su propiedad. Para ello debía realizar un rebaje para alcanzar el nivel de la calle. Cuando se realizaban las tareas de excavación, en una profundidad aproximada de 60 cm o más, comenzaron a aparecer evidencias de restos arqueológicos. Lo cual el propietario tomó la determinación de convocar a profesionales del Instituto Interdisciplinario Tilcara para que corrobore la importancia del hallazgo, y se tomen las medidas necesarias para el rescate o salvataje arqueológico.

En ese momento, un grupo importante de profesionales de la arqueología, se encontraba terminando una campaña de investigación en el Pucará de Tilcara, dirigidos por la Prof. Myriam N. Tarragó. Ésta última y la Directora del I.I.T., la Lic. Marta Otonello, tomaron la decisión que los arqueólogos permanecieran un tiempo más en el lugar para intervenir en el hallazgo y llevar adelante las tareas necesarias.

Los trabajos debían ser llevados a cabo con la mayor celeridad para no dificultar la marcha de la construcción, pero con la mayor calidad profesional por la calidad de las evidencias arqueológicas que aparecieron.

Los profesionales a cargo de los trabajos fueron:

1. Osvaldo J. Mendonça, de la Universidad Nacional de Río Cuarto e investigador del CONICET
2. María A. Bordach, de la Universidad Nacional de Río Cuarto
3. Marta Ruiz, de la Universidad Nacional de Jujuy
4. Beatriz Cremonte, del Instituto Interdisciplinario Tilcara, Universidad Nacional de Jujuy e investigadora del CONICET

Los trabajos se llevaron a cabo desde el 4 al 17 de febrero, cubriendo 10 horas de trabajo efectivo por día.

El terreno de estudio estaba constituido por un patio, sin construcciones, de un ancho de 5 metros por 6 metros de fondo aproximadamente, resultando esta superficie un área despejada que permitía trabajar sin dificultad. Detrás de ésta se encontraba un molle añoso de gran porte.

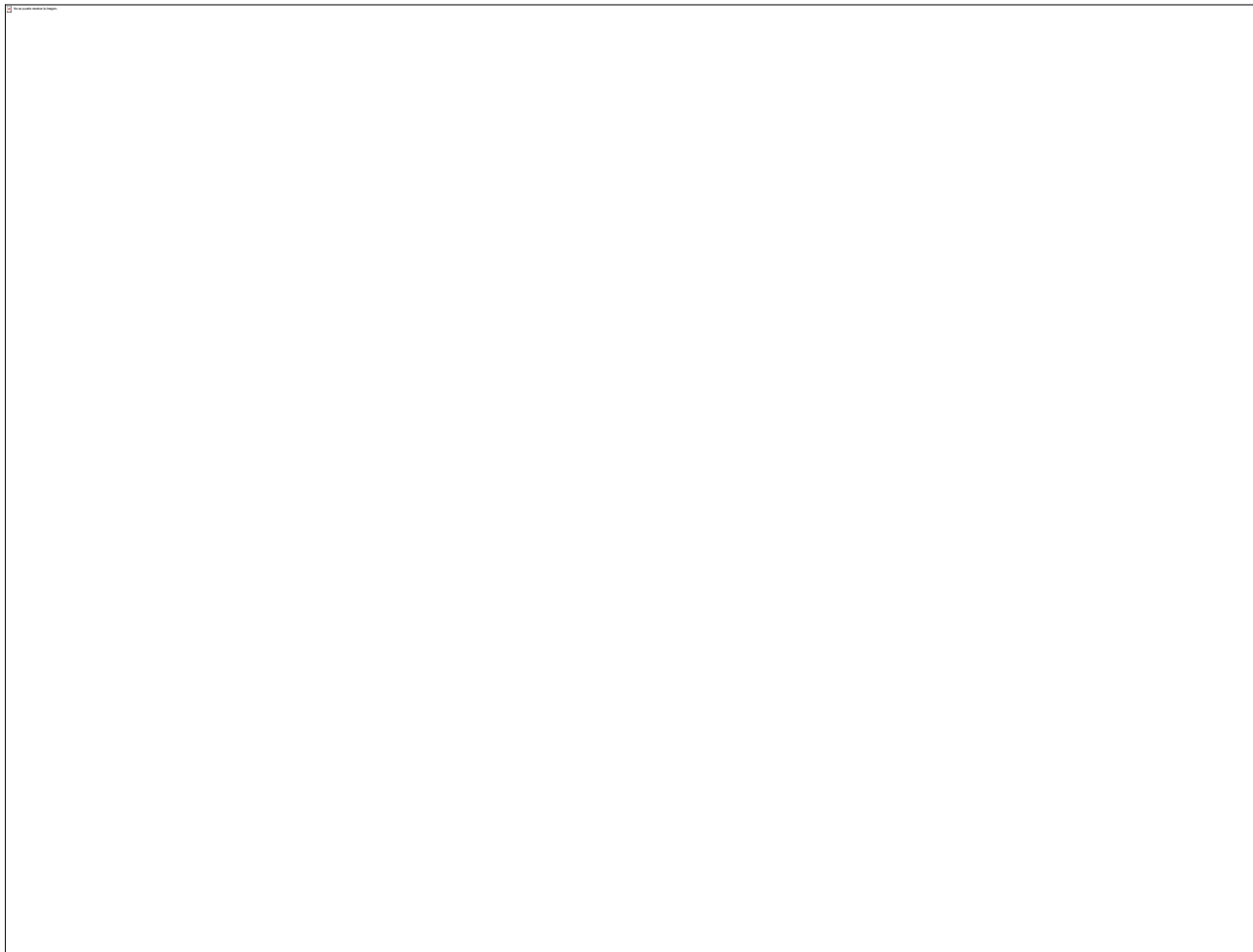
Cuando comenzaron las tareas de rescate ya se habían sacado varias camionadas de material y gran parte de las evidencias superficiales, sobretudo el piso de ocupación y 40 0 50 centímetros de la parte superior de cuatro grandes ollas. También se observó que con la acción de un pico se destruyó parte de un cráneo.

Entre el material ya removido y depositado en la calle se encontraron gran cantidad de restos cerámicos y mucho material óseo, sobretudo de camélidos.

Al Este y Oeste del área de trabajo se encuentran medianeras con grandes cimientos de material pétreo, que a pesar de su importante volumetría no afectaron los restos arqueológicos.

Para mayor celeridad se contrataron cuatro peones que se avinieron al horario fijado. Pero lo curioso, posiblemente por tratarse de trabajos que se realizaban en pleno centro de Tilcara, muchos veraneantes y hasta turistas colaboraban en las tareas, siempre dirigidos y controlados por los arqueólogos.

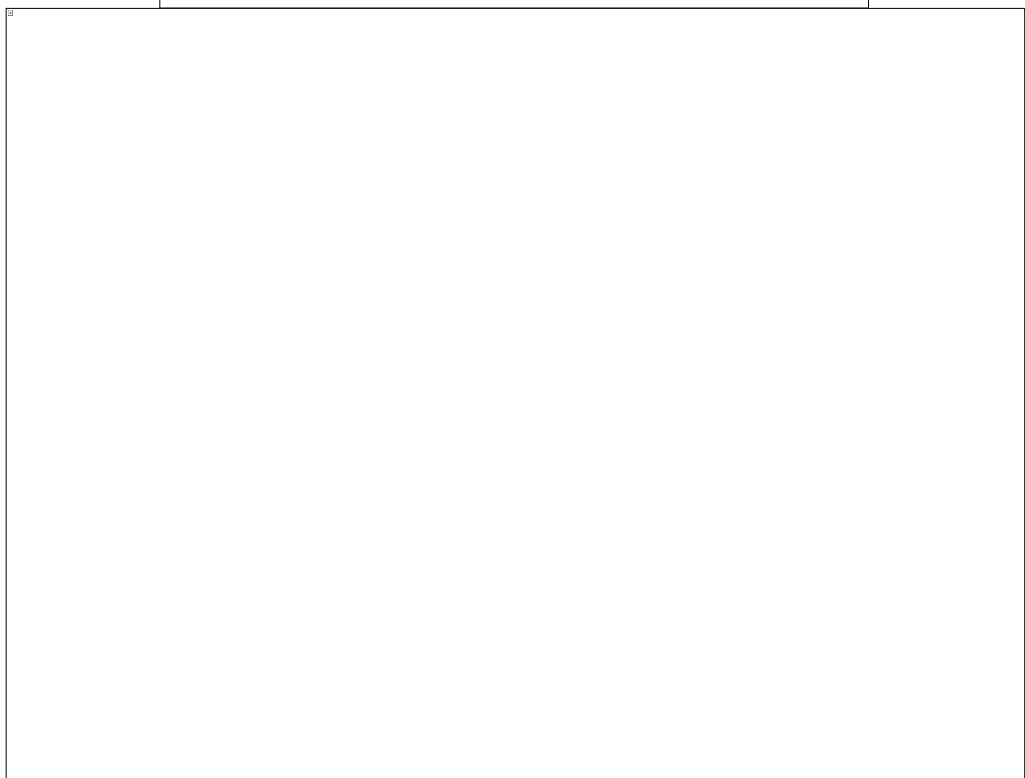
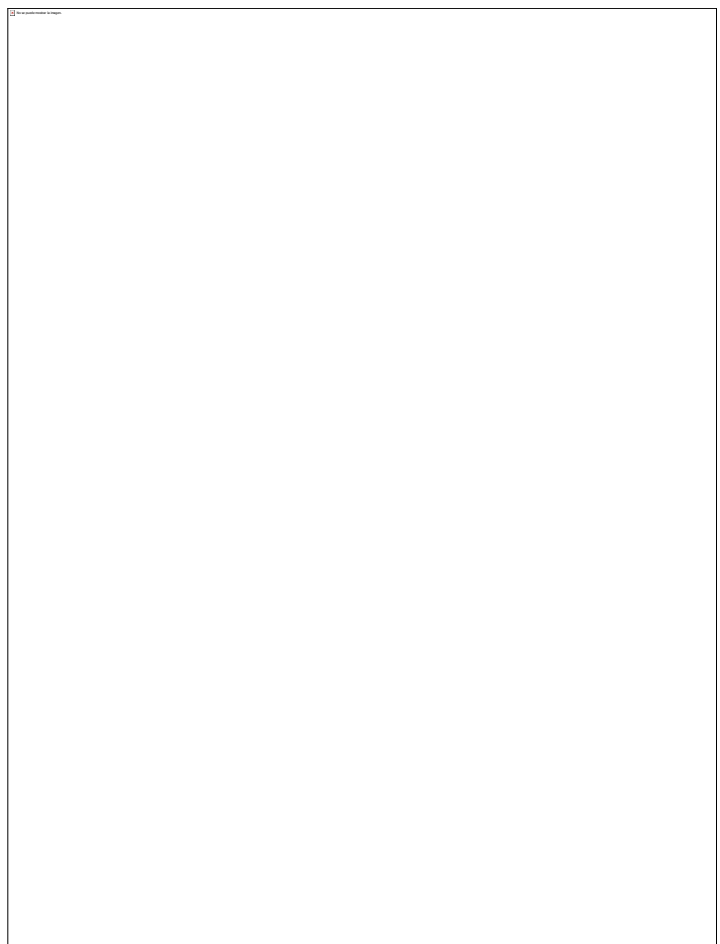
Se levantó un plano del sitio, utilizando un cuadriculado de 2 x 2, sectorizando el patio en nueve cuadrículas. El relevamiento planimétrico se realizó en escala 1:20. También se procedió a limpiar, numerar y fotografiar los hallazgos.



Plano del sitio arqueológico TIL 20

Las tareas se llevaron ininterrumpidamente en 13 días. Ayudados por un buen tiempo a pesar de la temporada de lluvias. Pero marcadas por la música de las comparsas, pleno carnaval quebradeño, que solo se interrumpía cuando pasaban por la calle, y los “endiablados” se detenían a mirar las excavaciones, con las caras serias, algo asustados. Pero les duraba poco. La música continuaba y la danza también.

De a poco fueron apareciendo cerámicas, enterratorios, cámaras funerarias, objetos varios de distinto uso y fabricación.



Profesionales, peones, ayudantes voluntarios, hasta curiosos. El hallazgo se había convertido en una cuestión comunitaria



La extracción de las grandes ollas y su traslado, con el material interior todavía intacto, ha sido el resultado del ingenio y de un gran esfuerzo

A medida que pasaban los días, las expectativas iban disminuyendo. Las tensiones llegaban a niveles normales. De la misma manera los cuidados para moverse, excavar. Aparecían objetos, pero no producían las euforias del principio, se habían transformado en lógicas y normales.

El terreno se fue vaciando. Lo que quedaba ya no tenía un gran interés. Si se hubiera tenido más tiempo...

Bueno... había que esperar los estudios. A lo mejor alguna vez podríamos reconocer los objetos en el Museo de Tilcara, o en otro.

RECONSTRUCCIÓN DE UNA CISTA

Habitar en el predio contiguo, tan cerca del sitio, de los hallazgos, me permitió vivir una experiencia muy importante de mi vida. La primera vez que observaba un trabajo de campo de un equipo de arqueólogos. Fue fascinante. El despliegue de técnicas, la minuciosidad de los detalles, la rigurosidad de las etapas. Nunca se me había ocurrido que para “rescatar el pasado” se debía trabajar con tanto candor.

Soy arquitecto, y los arquitectos trabajamos con el futuro. Al pasado lo tenemos en la mente o en el corazón. No somos “tan cuidadosos” en el trato del terreno, de los materiales.

Participé durante los trece días de trabajo de los expertos, como observador, aunque a veces realizaba algunas tareas menores: alcanzaba un pincel, sacaba un balde con tierra. Pero, cuando más gozaba era en el momento de los refrigerios que se hacían en mi casa, cuando se tomaba un mate, un té o una gaseosa, y se intercambiaban opiniones. Allí me animaba a preguntar, y cuando me envalentonaba, largaba una opinión.

Fue en uno de esos momentos que relacioné este sitio arqueológico con algunos objetos que aparecieron en mi casa en el momento que estaba haciendo las instalaciones sanitarias: cuando hice una cámara de inspección apareció una pequeña vasija, y al hacer la cámara séptica, apareció un plato de piedra. Arrastrando la ignorancia en el tema, desconociendo la importancia de estos objetos, fueron a parar a una repisa del garaje, donde permanecieron por muchos años. Buena oportunidad para que estén donde tenían que estar.



Plato y vasija encontrados en el predio contiguo

Los trabajos se dieron por concluídos. Las piezas y objetos importantes estaban a resguardo en el Museo. En el sitio quedaban las cistas vacías que no podían ser trasladadas por su condición de bien inmueble. A mi me quedaba un vacío en el corazón...

Fue en ese momento que se me ocurrió que podía desarmar una cista, o lo que quedaba de ella, y volverla armar en una vitrina en el Museo del I.I.T. Era como retener los objetos. Garantizar que quedarían en Tilcara. Sabía que cada vez que los viera, imágenes muy queridas se amontonarían en mi mente.

Se lo propuse al equipo de arqueólogos. Que me miraban con escepticismo, dudando que vaya a tener éxito en el emprendimiento. Me dieron el “sí”, con tal no había nada que perder, estaba predestinada su desaparición.

Más duro fue proponerle a mi vecino. Le seguía impidiendo la continuidad de la obra. Pero en la condición de amigo, colega y compadre, no pudo negarse.



Urna funeraria IV objeto de la aplicación de la anastilosis para el desarmado y posterior reconstrucción

Me puse “manos a la obra” inmediatamente. ¿Por donde empezar?

Empecé desempolvando mis apuntes de clase cuando hice un curso de preservación en la UBA. Tenía que encontrar un camino, un método. Y allí apareció la palabra mágica: ANASTILOSIS. Entre una maraña de definiciones de intervenciones posibles: reintegración, reconstrucción, reposición, allí en un rincón, estaba la **anastilosis**.

“La anastilosis sería un caso particular de reintegración recolocando en el sitio correspondiente las piezas originales”. Esto significaba que previamente había que desarmar con cuidado salvando las piezas originales. Tenía que replicar lo que en el sitio quedaba, en una vitrina del Museo.

Munido de una cámara fotográfica, una cinta métrica, papel milimetrado y lápiz, empecé con el trabajo.

Fui fotografiando todo el conjunto y los detalles, las paredes y el piso, de la cista. Se fotografió cada una de las piedras, a ella y su relación con las contiguas.

Se midieron las alturas de lo que quedaban de las paredes, y el largo y ancho de la base. Se dibujaron las mismas en el papel con los detalles correspondientes. De la forma del piso, ovoidal, se sacó un molde en papel.



Se fueron fotografiando y midiendo las paredes y el piso

Luego se comenzó con el desarmado. Se fue sacando una por una las piedras que estaban unidas por un mortero de barro. A medida que sacaba las piedras, las iba siglando, utilizando la “p” para las paredes y “s” el piso, luego le seguía el número que le correspondía a medida que la iba sacando de la cista. Alguien me dijo “hay que usar marcador indeleble, la física no perdona”.

Pero es aquí donde apareció el primer inconveniente que no lo había advertido con anterioridad: todas las piedras no eran del mismo tamaño, ni estaban colocados en un orden lógico. No respondía a un determinado aparejo. Vislumbraba una gran dificultad en su reconstrucción...

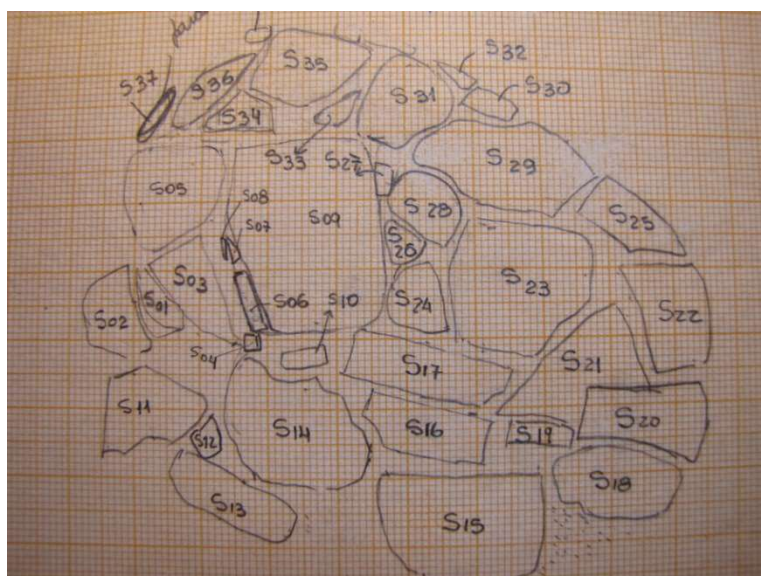
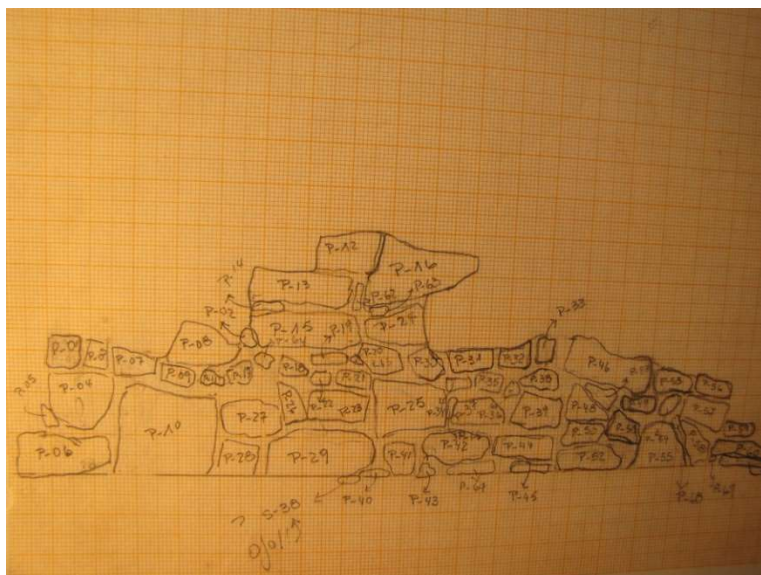
Pese a ello, los trabajos continuaron.

Quiero destacar la colaboración de una amiga y colega, la Arquitecta Marta Paredes, que entusiasmada con la experiencia, me ayudó en esta tarea solitaria.



Las piedras a medida que se las sacaba se las acondicionaba en cajas para ser transportadas al museo.

También se recuperó el mortero de barro para reutilizarlo en la reconstrucción



Algunos de los croquis realizados antes de empezar con el desarmado de la cista

Terminadas las tareas de desconstrucción y las piezas acondicionadas en cajas, se procedió a su traslado al depósito del Museo del I.I.T-

Después de un tiempo, mientras se acondicionaba una vitrina empotrada en una pared, apareció otra inquietud: se debía pensar en el armado de la vitrina, para lo que había que pensar algunos recursos museográficos: que resulte atractiva, que refleje lo que fue el sitio arqueológico TIL 20, y ...que se gaste lo menos posible. No había un gran presupuesto.

Se pensó en reconstruir la cista con el mayor rigor posible, recreando las condiciones en las que se encontraba en el sitio. La cista tenía que ser la “estrella”. Lo demás su complemento.

Se pensó en un fondo negro para que resalten los objetos expuestos. Las luces debían salir del cielorraso y de los laterales de la vitrina. No debían estar a la vista.

También del cielorraso se colgarían bandejas de vidrio transparente, sostenidos por hilos plásticos muy finos, que sirvan de apoyo a los objetos encontrados, dándole ligereza a la exposición.

Debía complementarse la muestra con una cartelería explicativa que resulte fácil de leer y entenderla. De esto se responsabilizó los profesionales actuantes.

Después de algunos días, comenzó el armado de la vitrina con la gran colaboración del personal del Museo.



Vitrina en el Museo Arqueológico “E. Casanova” donde se representa el Sitio Arqueológico TIL 20

Conclusión

Practicamente después de veinte años, evaluar y relatar esta experiencia, resulta más que reconfortante. Es como revivir todos esos momentos apasionantes, pero vistos con los ojos de este tiempo.

No se puede dejar de pensar que otras cosas se podrían haber hecho. Posiblemente, mejor. Con otras tecnologías, con más conocimiento. Pero así se lo hizo, y ahí está. Con lo que se tenía.

Lo importante que TIL 20 está en Tilcara. Se lo puede ver, conocer y recordar. No todo, faltan cosas. Pero algún día volverán y se completará la vitrina. Como tantos objetos que partieron para nunca más volver...

Haber trabajado con esta cista, repito, ha sido una de las experiencias más lindas que me ha tocado vivir en salvaguarda del Patrimonio Cultural.

Arq. Nestor Jose
Noviembre de 2009

Bibliografia:

1. COMECHINGONIA - ANo 9 NQ 7 - 1991

